

# MOVIMIENTO POR OTRA GLOBALIZACIÓN Y ONG INTERNACIONALES

JOSÉ MARÍA VERA VILLACIAN

Pretendo enfocar esta intervención aportando elementos sobre los retos de movimientos sociales y ONG internacionales —en el contexto europeo— que cuestionamos la globalización, indicando algunos aspectos complejos de la relación entre ambos, si queremos realmente ser efectivos en los cambios que propugnamos.

Una clarificación previa. Al referirme a los movimientos sociales contra la globalización capitalista, o por otra globalización, lo hago descartando a los grupos marginales dentro de este movimiento que emprenden actuaciones de violencia directa. La realidad es que ya en Génova se marcó un punto de inflexión notable en parte de la opinión pública a la hora de caracterizar a estos grupos violentos respecto al resto del movimiento. Pero especialmente las masivas y pacíficas manifestaciones de Barcelona han logrado hacer más difícil la labor de aquellos que pretenden criminalizar por violento todo el movimiento crítico. Aunque sigue habiendo intentos.

En cuanto a las ONG, me refiero a casos como el de AI, o Greenpeace u Oxfam Internacional, organizaciones de ámbito nacional o internacional que defendemos la necesidad de ir a las causas y las estructuras que generan pobreza e injusticia y que actuamos en consecuencia a través de campañas y de trabajo político. En la gran diversidad existente entre las ONG no me refiero a aquellas cuya vinculación con el gobierno que sea y de la forma que sea —no solo económica—, les impide hacer este tipo de actuaciones o a las que directamente se plantean una forma de trabajar centrada exclusivamente en la prestación de servicios promoviendo una visión asistencial o un desarrollismo acrítico.

Parto de la base de que ONG y movimientos sociales somos distintos en nuestra identidad, misión y forma de hacer. Y creo que es justo decir que aunque algunas ONG participen del emergente movimiento por otra globalización, la mayoría no somos parte de su núcleo impulsor. Sin embargo creo que estamos de «un mismo lado», el de la lucha contra la injusticia, avanzando al tiempo en nuevas formas de participación social y política, y que por lo tanto debe haber —ya la hay— una relación estrecha, apoyos y coincidencia en determinadas actuaciones.

Bien, pues con estas premisas creo que hay cuatro factores en el contexto internacional y europeo a resaltar:

- Hay un reconocimiento creciente de que las organizaciones sociales tenemos un papel que jugar más allá de la actuación directa junto con la población empobrecida. Diversas campañas internacionales y en otros niveles han puesto temas en la agenda y han logrado cambios en estos temas (minas, deuda, armas, educación, medicamentos...). Al mismo tiempo los movimientos sociales contra la globalización capitalista, surgidos en Seattle pero herederos de campañas y movimientos anteriores (como el Foro sobre el Banco Mundial de 1994) están siendo efectivos a la hora de poner en cuestionamiento la orientación del sistema explicando claramente sus efectos y contribuyendo a la deslegitimación de las instituciones multilaterales que favorecen a los poderosos. El reconocimiento como actores sociales relevantes está ahí, y también el cuestionamiento sobre la legitimidad de estos nuevos actores —ONGD y movimientos—. Cada vez veremos críticas más feroces e intentos de cerrar los cauces de participación social cuando ésta viene acompañada de la crítica. España es un desafortunado ejemplo de esto último y en el ámbito europeo se atisban preocupantes intentos de recortar lo que ha sido central en su desarrollo democrático, el fortalecimiento de la democracia representativa también a través de la participación y el diálogo con interlocutores sociales.
- Existe un riesgo evidente de reversión en procesos políticos que se habían iniciado a través de la agenda marcada principalmente por las cumbres de Naciones Unidas. Al menos la retórica había calado en las instituciones clave y ciertos cambios en la práctica se empezaban a producir o al menos se encontraban en el debate abierto. Esa situación no ha cambiado del todo y hay espacio aún, pero especialmente la nueva administración norteamericana está siendo demoleadora a la hora de bloquear procesos. Kyoto o Monterrey son los ejemplos más conocidos pero hay otros como el bloqueo de la conferencia por el control de las armas ligeras o de los primeros tímidos intentos de control de los paraísos fiscales. Su posición en la reforma de los acuerdos de propiedad intelectual es también muy dura. Algo similar aunque con menor impacto internacional, se podría decir del nuevo Gobierno italiano y en buena medida del español, al menos en las áreas en las que Intermón Oxfam trabaja. Más de lo mismo y poca voluntad de cambios. Antes, Estados Unidos permitía que se alcanzaran acuerdos y planes de acción, aunque no tenía intención de cumplirlos. Ahora ni siquiera permite que se alcancen. Mientras la posición europea apenas alcanza a poner sobre la mesa aportaciones bilaterales del bloque europeo, sin conseguir forzar acuerdos globales que vayan más allá.
- Lo que sigue a estos primeros factores es la polarización interesada. Si se reduce el espacio para un trabajo político más constructivo se fortalecen las posiciones

más radicales. En el fondo es una forma de hacer ya probada en su día por Thatcher con los sindicatos, anular, comprar o silenciar de cualquier forma a los críticos más moderados... alentar de esa forma a los radicales y luego criminalizarlos. Por cierto que en España, estamos asistiendo a un intento de hacer esto mismo. Bien, las cosas son afortunadamente más complejas —de hecho esta tendencia convive con la más clásica de establecer diálogo con los moderados para anular así a los radicales— y no están saliendo exactamente así, pero está en la voluntad y merece la pena tenerlo en cuenta. Especialmente en un contexto como el europeo en el que a lo anterior se le une la crisis de los partidos políticos tradicionales a la hora de dar respuestas cercanas a parte de la ciudadanía, alentando más el descontento y la polarización.

- Por lo tanto, es mayor la necesidad de articular nuevas formas de hacer política en Europa, contando con lo positivo del sistema pero reconociendo su fracaso ante la vulnerabilidad creciente en la que buena parte de la población se siente y la necesidad percibida de nuevas ideas y respuestas, articuladas de forma creíble y no como meras promesas electorales estándar con frecuencia incumplidas.

Habría más, pero prefiero limitarme a estos y pasar a indicar tres tareas y retos que creo existen para los movimientos sociales por otra globalización:

- Dejando de lado como he dicho los grupos violentos que buscan la violencia, que son marginales y que el propio movimiento los está colocando en la periferia, con críticas duras como la enarbolada por Susan George tras las manifestaciones en Gotemburgo, creo que en el movimiento se debe acentuar la reflexión, que ya la tiene y amplía, sobre las actuaciones no violentas pero susceptibles de suscitar una respuesta violenta por parte de las fuerzas policiales (dando con ello la excusa para alentar el círculo violencia-criminalización que tanto gusta exagerar a ciertos políticos). Tratar de entorpecer, aunque sea de forma pacífica, el desarrollo de reuniones internacionales, suscitará inevitablemente esta respuesta que me temo ya es la deseada por el poder. Al tiempo, hay que reconocer que han sido estos intentos de bloquear las reuniones, más que las masivas manifestaciones paralelas, las que han dado notoriedad al movimiento. Por otro lado, la reafirmación de la no violencia debe llevarse a sus últimas consecuencias, evitando a toda costa la asociación con organizaciones que se sitúan en la órbita de grupos terroristas o violentos.
- Más allá del grado de dureza en las actuaciones, la tensión activismo-propuesta tendría que canalizarse y encontrar un modo de convivir. La diversidad en el movimiento es obvia y las tensiones también. La diversidad es la esperable en espacios como el Foro de Porto Alegre donde nos encontramos organizaciones y movimientos de todo tipo, clase, tamaño sector y condición, vinculados con centenares de luchas globales o locales. La tensión aparece cuando el debate sobre propuestas y alternativas y sobre las estrategias para promoverlas, se cruzan

con la radicalidad activista de calle. Con el riesgo visto por los activistas de que la entrada con fuerza en el debate político aunque sea solos y más aún si es con el poder, lleve a posiciones más pragmáticas y a la pérdida de fuerza del movimiento antes de que haya alcanzado su masa crítica de cambio de ese poder. Entre los propositivos, y yo me apunto a esa posición, hay voces que hablan de la necesidad de pasar al debate de propuestas antes de que se agote la vía activista... se pueden entorpecer o cerrar siete cumbres... ¿y?... qué viene después, ¿cómo cambia el escenario? Sin embargo mi percepción por lo que he hablado con personas del movimiento, es que esta tensión, sin dejar de existir, está encontrando vías de articulación y debate positivo.

- Ligado a lo anterior, la última tarea que resaltaría para el movimiento es popularizarse y masificarse. Tarea harto complicada pero imprescindible si realmente se quiere finalmente acabar generando cambios en el nivel y de la profundidad que sean. Es cierto que los valores predominantes no ayudan pero también lo es que las posiciones extremas y las actuaciones violentas tampoco. Como decía Manuel Rivas en el periódico hace unos meses..., la fuerza del movimiento es que dice la verdad, las cosas que mucha gente quiere oír... bien ahora hay que saber enganchar con esa gente más mayoritaria para realmente ganar apoyos y masa crítica. Para ello es más importante sumar en esa diversidad que restar por purismo, las relaciones con sindicatos, ONG, consumidores, y otros agentes sociales, atendiendo a sus particularidades, se vuelve crucial en esa masificación.
- Por último, lo que surgió como un movimiento vinculado sobre todo con los aspectos económicos y financieros de la globalización —de hecho el Foro de Porto Alegre es paralelo al Foro Económico de Davos/Nueva York—, debería ampliar su alcance —y en alguna medida ya lo está haciendo— a los temas de militarización, paz y desarme. En el contexto actual tras el 11S el camino asumido en la pretendida lucha contra el terrorismo internacional, amenaza con multiplicar el nivel de conflicto mundial.

De cara a las ONG internacionales en este contexto plantearía los siguientes seis retos:

- Acentuar la reflexión, abierta a otros. Tenemos el mismo problema que los movimientos de diferente radicalidad y es la falta de alternativas sustentadas y las dudas de si somos nosotros los responsables de encontrarlas o más bien de azuzar para que se encuentren desde la crítica y los apuntes que dan las propuestas parciales en varios campos.
- Generar análisis y propuestas. Probablemente es uno de nuestros papeles centrales en cuanto a la relación con los movimientos sociales, servir de base de análisis (anclada en la realidad del Norte y del Sur, con datos y orientación) y de propuestas posibles y transformadoras.

- Acentuar nuestro trabajo político y de movilización contribuyendo a generar cambios en estructuras concretas de injusticia a sabiendas de que nuestra misión nuclear es la lucha contra la pobreza —en el caso de las ONG de desarrollo— y que necesitamos generar cambios pronto. Aglutinar cada vez a más personas alrededor de esas causas. Campos como los servicios sociales básicos, los conflictos concretos, el comercio internacional, el acceso a medicamentos esenciales, las políticas agrícolas o los derechos laborales extendidos a todos los trabajadores y trabajadoras, son algunos de estos campos.
- Mantener una gran flexibilidad en las posiciones que permitan las alianzas con otros. Lo cual no quiere decir no tener posición. Sí tenerla, y la tenemos sobre muchos temas, pero ésta no tiene que estar grabada en mármol, ser inamovible y encasillada en unos principios que nos impidan apoyar causas, campañas y actuaciones que vayan en una dirección, aunque no recojan exactamente nuestra posición.
- Incorporar nuevos aliados (sindicatos, consumidores, etc.). E intensificar nuestro trabajo de fortalecimiento de organizaciones, redes y plataformas en el Sur que promueven cambios en sus niveles nacionales o regionales, apoyando su enlace con la arena internacional. Esta es una tarea en la que algunas organizaciones europeas ya están haciendo un excelente trabajo.
- Contribuir a fortalecer el movimiento global emergente por la justicia social, no solo con los análisis y propuestas, también con la financiación, cuidadosamente decidida y seleccionada pero estratégica para nuestro trabajo de generación de cambios. Y un buen ejemplo de esto es la decisión de varios Oxfams de apoyar financieramente el proceso del Foro Social Mundial de Porto Alegre.

Por último, apunto 5 retos para la relación entre movimientos y ONGD:

- Abandonar por parte de los movimientos el discurso anti-ONG. Lo cual no quiere decir no ser críticos los unos con los otros, pero una crítica que nos permita trabajar juntos y que no concluya en la división y el alejamiento. Tal vez eso pasa por distinguir entre tipos de ONG, por entender que hay algunas en las que ya el apoyo financiero no es el clásico y criticado «sustituye estado» (sino que apoyamos causas, organizaciones, etc.) y por no caer en el clásico del mundo progresista de ser más destructivo con el que está más cerca.
- Esto pasa por una aceptación de diferentes niveles de crítica y de formas de actuar y no por un intento continuo de empujar «más a la izquierda» a las ONGD que hemos alcanzado un nivel significativo de cuestionamiento de los poderes (a veces de más impacto para los mismos —como en los casos de las multinacionales farmacéuticas, de Beers, etc.).
- Considerar que son compatibles —y necesarias— la opción porque todo cambie con cambios parciales y concretos y las estrategias necesarias para los mismos. No se puede esperar al Gran Día pero hay que aspirar al Gran Día.

- Perder miedos en las ONGD a la relación abierta con los movimientos sociales y valorar más lo que viene de ellos, lo cual no quiere decir seguir sus indicaciones y apoyar todo lo que hacen —tampoco los movimientos apoyan todo lo que las ONGD hacemos— pero sí participar juntos en ocasiones, apoyar su reflexión, perderle el miedo a la calle y empezar a usarla mejor, entrar a los debates con más fuerza.
- Establecer algunos espacios unitarios, aunque luego se mantenga la necesaria autonomía de actuación y de estrategias de cada uno. El espacio Porto Alegre, en cada país o región concreta es probablemente el mejor que hay. Con una carta de principios clara, que defiende la diversidad en el marco de la crítica y que no establece la necesidad de alcanzar posiciones comunes pero sí de generar espacios que den visibilidad a estas alternativas y críticas.

Acabo como empecé. Estamos en el mismo lado, en el de los perdedores como punto de partida y origen de nuestro trabajo. Sólo lograremos cambios relevantes en el nivel nacional, europeo o mundial si armamos alianzas cada vez más amplias y aglutinadoras.